

Dame tu corazón

JOYCE CAROL OATES



La necesidad de amor —obsesiva, autodestructiva, impredecible— nos conduce a lugares prohibidos; así sucede en el mundo escalofriante de Dame tu corazón, esta colección de relatos de la inimitable Joyce Carol Oates.

En estas diez magníficas historias nos encontramos con niños que escapan al control de sus padres; cónyuges que se despiertan un día y descubren que apenas se conocen; pasados obsesivos que interfieren en futuros inciertos; y también con la certeza de que aquellos que tenemos más cerca pueden ser quienes nos hagan más daño.

Historias sobrecogedoras capaces de despertar nuestras pasiones más profundas.

A Richard Trenner.

Dame tu corazón

Querido doctor K:

¡Cuánto tiempo ha pasado! ¿A que sí? Veintitrés años, nueve meses y once días.

Desde la última vez que nos vimos. Desde la última vez que me viste, tal como vine al mundo, sobre tus rodillas desnudas.

¡Doctor K! No pretendo que este saludo formal sea un halago, ni mucho menos una burla; por favor, compréndelo. No te escribo después de tantos años para pedirte un favor poco razonable (confío), ni para exigir nada, solo para preguntarte si, en tu opinión, debería cumplir con el trámite, y tomarme la molestia, de cursar la solicitud para convertirme en la afortunada receptora de tu órgano máspreciado, tu corazón; si después de tantos años puedo aspirar a cobrarme lo que me corresponde.

Me he enterado de que tú, el prestigioso doctor K, eres de los que han tenido la generosidad de firmar un «testamento vital» para donar tus órganos a quienes los necesiten. Nada de cosas anticuadas y egoístas como un funeral y un entierro en el cementerio para ti, ni siquiera una incineración. ¡Bien hecho, doctor K! Pero yo solo quiero tu corazón, no tus riñones, tu hígado o tus ojos. A esos pienso renunciar en beneficio de otros que los necesiten más que yo.

Por supuesto, mi intención es presentar mi solicitud como lo hacen otros en casos médicos similares al mío. Ni se me ocurriría esperar cualquier tipo de favoritismo por mi parte. La petición propiamente dicha se haría a través de mi cardiólogo. «Mujer de raza blanca, de mediana edad, bien conservada, atractiva, inteligente, optimista, pero con una cardiopatía; aparte de eso, goza de perfecta salud». No se haría mención alguna de nuestra antigua relación, por mi parte al menos. Aunque tú, mi querido doctor K, como un posible donante de corazón, sí podrías indicar tu preferencia, digo yo.

Todo eso, sin duda, saldrá a la luz cuando mueras, doctor K. ¡Por supuesto! Ni un segundo antes.

(Sospecho que no eres consciente de que tu sino es morir pronto, ¿no? De que te queda menos de un año. De que tendrás un accidente «trágico» e «insólito», tal como lo describirán. De que supondrá un final «irónico» y «espantoso hasta lo indescriptible» para una «carrera brillante». Todo eso no lo sabes, ¿no? Siento no poder ser más específica con respecto a la fecha, el lugar, los medios; ni siquiera sobre si morirás solo o con uno o dos miembros de tu familia. Pero he aquí, precisamente, la verdadera naturaleza de un accidente, doctor K. Es una sorpresa).

¡No pongas esa cara de pocos amigos, doctor K! Todavía eres un hombre apuesto, y todavía presumido, pese al cabello canoso y cada vez más escaso que, al igual que otros hombres presumidos que pierden el pelo, te has aficionado a peinarlo de lado sobre tu reluciente calva, imaginando que, si tú no eres capaz de advertir semejante ardid en el espejo, los demás tampoco. *Pero yo sí lo veo.*

Tus dedos torpes se desplazarán ahora hasta la última página de esta carta para ver mi firma —«Ángel»— y de repente te verás obligado a recordar..., con una punzada de culpa.

¡Es ella! ¿Sigue... viva?

¡Pues sí, doctor K! Más viva que nunca.

Como es natural, habrás llegado a imaginar que había desaparecido, que había dejado de existir, puesto que dejaste de pensar en mí hace tantísimo tiempo.

Estás asustado. Tu corazón, ese órgano culpable, ha empezado a latir con fuerza. Desde una ventana del primer piso de tu casa, en Richmond Street (victoriana y meticulosamente restaurada con tejas gris pálido y molduras azul marino, «pintoresca» y «señorial» entre otras de su mismo estilo en el viejo y exclusivo barrio residencial al este del Seminario Teológico), observas con inquietud..., ¿qué?

No me miras a mí, obviamente. Yo no estoy ahí.

En todo caso, no estoy donde puedas verme.

¡Y sin embargo, el cielo encapotado y mortecino parece palpitar con siniestra intensidad! Como un gran ojo que te mirase fijamente.

¡No pretendo hacerte daño, doctor K! De verdad que no. Esta carta no supone una reclamación de tu (póstumo) corazón, ni siquiera una «amenaza verbal». Si decides cometer la estupidez de mostrársela a la policía, te asegurarán que es inofensiva, que no es ilegal, que es una mera demanda de información; ¿debería yo, el «amor de tu vida», a quien no has visto en veintitrés años, cursar la solicitud para ser la receptora de tu corazón? ¿Qué posibilidades tiene Ángel?

Yo solo quiero que me den lo que es mío, lo que se me prometió hace tantísimo tiempo. ¡Yo sí he sido fiel a nuestro amor, doctor K!

Sueltas una risotada áspera, incrédula. ¿Cómo vas a responder a este Ángel, si no ha incluido apellido ni dirección? *Vas a tener que buscarme. Para salvarte, búscame.*

Estrujas esta carta con la mano, la arrojas al suelo.

Te alejas trastabillando, con la intención de dejarla ahí tirada, pero es obvio que no puedes dejar las hojas estrujadas de mi carta manuscrita en el suelo de... —¿Se trata de tu estudio?, ¿en el primer piso de la vieja y señorial casa victoriana en el 119 de Richmond Street?—, donde alguien

podría encontrarlas, recogerlas y ponerse a leer lo que tú no querrías que leyera ninguna otra persona, sobre todo alguien «cercano» a ti. (Como si nuestras familias, en especial los parientes de nuestra misma sangre, estuvieran tan «cerca» de nosotros como en la auténtica intimidad del amor erótico). Así que, como es natural, regresas; con dedos temblorosos, recoges las hojas desparramadas, las alisas y continúas leyendo.

¡Mi querido doctor K! Por favor, compréndelo, no siento rencor, no abrigo obsesiones. Yo no soy así. Tengo mi propia vida, y hasta he tenido una carrera (con moderado éxito). *Soy una mujer normal, de mi tiempo y mi entorno.* Soy como la exquisita araña negra y plateada con cabeza de diamante, la llamada «araña feliz», la única subespecie de araneidos que, según se dice, posee la particularidad de tejer telarañas medio improvisadas, tanto de forma circular como de embudo, y de errar por el mundo a su antojo, pues se siente como en casa, ya sea en la hierba mojada como en los interiores secos, oscuros y protegidos que son obra de la mano del hombre; que disfruta de libre albedrío (relativo) dentro de las inevitables limitaciones de la conducta de los araneidos; con una mordedura muy venenosa, a veces letal para los seres humanos, sobre todo para los niños.

Como la cabeza de diamante, tengo muchos ojos. Como la cabeza de diamante, puedo parecer «feliz», «dichosa» y «exultante» a la mirada de los demás. Pues ese es mi papel, mi interpretación.

Es cierto que, durante años, me resigné estoicamente a mi pérdida; a mis pérdidas, de hecho. (Y no es que te culpe a ti de esas pérdidas, doctor K. Aunque un observador imparcial podría concluir que mi sistema inmunológico quedó dañado debido al desplome físico y mental que me causaste al expulsarme de tu vida tan de repente). Y entonces, este marzo pasado, al ver tu fotografía en el periódico —«El distinguido teólogo K será el director del seminario»— y,

unas semanas más tarde, cuando te nombraron miembro de la Comisión Presidencial sobre Religión y Bioética, reconsideraré mi postura. «Los tiempos del anonimato y el silencio han llegado a su fin —me dije—. ¿Por qué no intentarlo? ¿Por qué no intentar cobrar lo que te debe?».

¿Recuerdas ahora el nombre de Ángel? ¿Ese nombre que no has deseado pronunciar a lo largo de veintitrés años, nueve meses y once días?

Busca mi nombre en cualquier listín telefónico; no lo encontrarás. Es posible que mi número no figure en la guía; es posible que ni siquiera tenga teléfono. Es posible que me haya cambiado el nombre. (Legalmente). Es posible que viva en una ciudad remota en una región remota del continente; o es posible que, como la araña cabeza de diamante (el tamaño de la araña adulta es aproximadamente el de la uña de tu pulgar derecho, doctor K), habite silenciosa bajo tu propio techo, hilando mis exquisitas telas entre las sombrías vigas de tu sótano o en un nicho hueco entre tu precioso escritorio de caoba y la pared, o, vaya idea tan estupenda, en el recoveco mal ventilado, debajo de la antiquísima cama de latón con dosel en la que compartes la decrepitud de la madurez avanzada con la señora K.

¡Sí, así de cerca estoy, y sin embargo soy invisible!

¡Mi querido doctor K! Hubo un tiempo en que te maravillaba mi impecable «piel de Vermeer» y el cabello «hilado en oro» que me caía ondulado por la espalda, y que tú acariciabas y aprisionabas en tu mano. Hubo un tiempo en que yo era tu Ángel, tu «bienamada». Yo me deleitaba en tu amor, pues no lo ponía en duda. Era joven, virginal, tanto mi espíritu como mi cuerpo lo eran, y jamás habría puesto en duda la palabra de un distinguido hombre maduro. Y en el paroxismo de nuestro amor carnal, cuando te entregabas a mí por completo, o eso parecía, ¿cómo podrías haberme... engañado?

El doctor K del Seminario Teológico, un erudito y una autoridad en la Biblia, protegido de Reinhold Niebuhr y au-

tor de exégesis «brillantes» y «revolucionarias» de los manuscritos del Mar Muerto, entre otros temas esotéricos.

«Pero yo no tenía ni idea... —te oigo protestar—. No le había dado motivos para creer, para esperar...».

(¿Que fuera a tragarme tus declaraciones de amor? ¿Qué te tomara la palabra?).

«Cariño mío, mi corazón es tuyo. Siempre lo será, para siempre». ¡Eso me prometiste!

Últimamente, doctor K, mi piel ya no está inmaculada. Es una piel con evidentes imperfecciones, de una mujer madura que no hace ningún esfuerzo por ocultar su edad. Mi pelo, antaño de un rubio rojizo resplandeciente, se ve ahora tan apagado, seco y quebradizo como la paja. Lo llevo a lo chico y me lo corto yo misma, sin mirarme apenas en el espejo mientras doy tijeretazos: chic, chac. Mi rostro, razonablemente atractivo, supongo, no es más que un borrón para la mayoría de observadores, sobre todo para los hombres estadounidenses de mediana edad. Recientemente, en más de una ocasión, tú me has mirado sin verme, mi querido doctor K, sin dar muestras de reconocer a tu Ángel, como no habrías reconocido un plato rebosante de comida que hubieras engullido veintitrés años antes con desenfrenado apetito, o alguna vieja fantasía sexual de la adolescencia, consumida y desechada tiempo atrás.

Para que conste, era la mujer con gabardina de color caqui y sombrero a conjunto que esperaba pacientemente en la librería universitaria mientras la cola de admiradores avanzaba despacio para que el doctor K firmara ejemplares de *La vida ética: retos del siglo XXI*. (Un breve tratado teológico, no un megaéxito de ventas, claro, pero sí decentemente exitoso, muy popular en los círculos académicos y los barrios residenciales de postín). Sabía que tu «fabuloso» libro me decepcionaría, y sin embargo lo compré y lo leí con avidez, para toparme (una vez más) con un hecho des-

concertante; tú, el doctor K, el hombre, no eres el individuo que aparece en tus libros. Los libros son apariencias astutas, estructuras artificiales que has creado para habitarlas temporalmente, al igual que un individuo tullido y deforme podría vivir en una estructura de incomparable belleza, contemplando el paisaje desde sus ventanas y enorgullicándose de hacerse pasar por su propietario, pero solo temporalmente.

¿Verdad que sí? ¿No es esa la clave del célebre doctor K?

Para que conste: varios domingos atrás, tú y yo nos cruzamos en el Museo de Historia Natural. Tú llevabas cogida de la mano a tu nieta de cinco años (Lisle, tengo entendido..., qué nombre tan bonito) y no reparaste en mí, como no habrías reparado en cualquier extraña que te hubieses cruzado en los empinados peldaños de mármol mientras bajaba de la Sala de los Dinosaurios en la sombría tercera planta a la que tú subías. Te inclinaste para decirle algo a Lisle, sonriente, y fue entonces cuando advertí tu ridícula y enternecedora forma de peinarte (de lado sobre la calva), y vi la carita dulce y asustada de Lisle (pues la niña, a diferencia de su abuelito miope, me había visto y reconocido al instante). Experimenté una oleada de triunfo, pues qué poco me habría costado matarte entonces; podría haberte hecho caer por esas duras escaleras de mármol con solo empujar firmemente con ambas manos esos hombros ya un poco encorvados, y la fuerza de mi rabia habría vencido cualquier resistencia que hubiera podido oponer un hombre como tú, de más de noventa kilos, al borde de la vejez, rechoncho y con una panza flácida y colgante; habrías perdido el equilibrio de inmediato y dado un traspié hacia atrás, con una expresión de terror incrédulo en el rostro, y, todavía aferrando la mano de tu nieta, habrías arrastrado contigo a la inocente criatura en tu caída por las escaleras de mármol, gritando. ¡Conmoción, fractura de cráneo, hemorragia cerebral y muerte!

Por qué no intentarlo, por qué no cobrarme lo que me debe.

¡No lo hice, por supuesto, doctor K! Esa tarde de domingo, no.

¡Mi querido doctor K! ¿Te sorprende enterarte de que tu amor perdido, la del cabello «hilado en oro» y «pechos suaves como la seda», se las apañó para recobrase de tu crueldad, y que cuando cumplió los veintinueve años empezó a progresar en su carrera en otra parte del país? Nunca llegaría a tener tanto renombre en mi campo como tú en el tuyo, doctor K, huelga decirlo, pero mediante el esfuerzo y el trabajo, imponiéndome privaciones y empleando la astucia, sí me abrí paso en un campo tradicionalmente dominado por los hombres y logré lo que podría considerarse un éxito menor, limitado. No hay nada, por lo tanto, de lo que deba avergonzarme, y es posible que hasta haya algo de lo que pueda sentirme orgullosa, si fuera capaz de sentir orgullo.

No voy a ser más explícita, doctor K, pero sí te daré una pista: mi campo guarda relación con el tuyo, aunque no es académico ni intelectual. Mi salario es mucho menor que el tuyo, por supuesto. No soy un personaje público ni alguien que goza de una reputación, y no siento grandes deseos ni de lo uno ni de lo otro. Lo mío es el terreno de los servicios, y hace mucho tiempo que sé cómo ser útil. Cuando se trata de las fantasías de los otros, sobre todo de los hombres, me he vuelto bastante experta en servir.

Sí, doctor K, es posible que incluso te haya servido a ti. Indirectamente, quiero decir. Por ejemplo: es posible que trabaje o supervise un laboratorio al que tu médico envía muestras de sangre, tejido de biopsias, etcétera, y al que un día mande algo extraído del cuerpo del célebre doctor K, cuya vida podría depender entonces de la exactitud y la buena fe de nuestros hallazgos de laboratorio.

¡No es más que un ejemplo entre muchos, doctor K!

No, mi querido doctor K, esta carta no es ninguna amenaza. ¿Cómo va a ser una amenaza si en ella declaro mi posición abiertamente, y por tanto con perfecta inocencia?

¿Acaso te sorprende que una mujer pueda ser una profesional, tener una carrera satisfactoria, y, aun así, soñar con que se haga justicia al cabo de veintitrés años? ¿Te sorprende saber que una mujer pueda estar casada, o haberlo estado, y pese a ello seguir obsesionada por su cruel y fraudulento primer amor, que no solo la despojó de la virginidad sino también de su fe en el ser humano?

Te gustaría imaginar que tu Ángel desechado es ahora una solterona solitaria y amargada, ¿verdad?, que se oculta en la oscuridad a tejer horribles y pegajosas telarañas con el veneno que brota de sus entrañas. Pues resulta que es totalmente al revés; al igual que existen arañas felices que, según manifiestan los entomólogos, dan muestras de poseer la (relativa) capacidad de ser libres, y tejen telarañas variadas y originales, también hay mujeres felices que sueñan con que se haga justicia y se asegurarán de saborear su dulzura algún día. Pronto.

(¡Doctor K! ¡Qué afortunado eres de tener una nietecita como Lisle! Tan delicada, tan bonita, tan... angelical. Yo no he tenido una hija, lo confieso. Y no voy a tener una nieta. Si las cosas fueran distintas entre nosotros, Jody, podríamos compartir a Lisle).

Jody... ¡Qué emoción me producía a los diecinueve años llamarte por ese nombre!, cuando los demás se dirigían a ti formalmente por el de doctor K. Que fuera secreto, ilícito, tabú —como llamar a tu padre por el nombre de un amante—, formaba parte de la emoción, por supuesto.

Jody, confío en que tu primera y angustiada esposa, E, no descubriera nunca ciertas pequeñas pruebas incriminatorias en los bolsillos de tus pantalones, en tu cartera o tu maletín, donde yo tenía la osadía de esconderlas. Eran mensajes de amor, expresados con toda inocencia. «Te quiero te quiero te quiero, mi GRAN JODY».

Ahora ya no serás EL GRAN JODY muy a menudo, ¿verdad, doctor K?

Según he sabido, Jody se ha ido desvaneciendo con los años. Junto con el grueso y áspero cabello negro azabache, esos ojos claros y sagaces y tu porte orgulloso, y la capacidad de tu pene pequeñajo para rejuvenecer y reinventarse con impresionante asiduidad. (En los inicios de nuestra aventura, por lo menos). Ahora, que una estudiante de diecinueve años te llamara Jody sería obsceno, ridículo.

¡Ay, cuánto debe de gustarte oír la voz de Lisle llamándote abuelito!

Pero a veces, en sueños, oigo mis propios y vergonzosos susurros: «Jody, por favor, no dejes de quererme, por favor, perdóname, yo solo deseo morir, merezco morir si tú no me amas», mientras de los torpes cortes en mis antebrazos brotaban hilillos de sangre en el agua caliente de la bañera; pero fue el doctor K, y no Jody, quien me habló de manera rotunda por teléfono, quien me comunicó: «Este no es un buen momento. Adiós».

(Sin duda indagaste, doctor K. Tuviste que enterarte de que una amiga que intentó llamarme, preocupada, me encontró allí, sumergida en el agua sanguinolenta de la bañera, inconsciente y al borde de la muerte. Sin duda lo supiste, pero mantuviste una distancia prudencial, doctor K, ¡durante todos estos años!).

Doctor K, no solo te las has apañado para borrar me de tu memoria, sino que diría que has olvidado también a tu angustiada primera esposa, E, Evie. La hija del hombre rico. Una mujer dos años mayor que tú, poco segura de sí misma, más bien feúcha y sin estilo. Cuando me amabas, te preocupaba despertar las sospechas de Evie, no porque ella te importara, sino porque habrías despertado también las sospechas del padre rico. Y tú estabas muy en deuda con el padre rico, ¿a que sí? «Pocos miembros del cuerpo

docente pueden permitirse vivir cerca del seminario, en el elegante y antiguo barrio del East End de nuestra ciudad universitaria». (O así fanfarroneabas, de esa forma tuya tan desconcertante, como quien contempla una ironía del destino y no una consecuencia de sus propias estrategias; y mientras tanto, sonriendo, me besabas en la boca y deslizabas un dedo entre mis pechos para recorrer con él mi vientre tembloroso).

¡Pobre Evie! Una muerte «accidental», un misterioso vehículo que da un bandazo e invade la acera azotada por la lluvia, un conductor que se da a la fuga, sin testigos... Yo te habría ayudado a llorar su pérdida, doctor K, y habría sido una madrastra cariñosa para tus hijos, pero a esas alturas ya me habías desterrado de tu vida.

O eso creías.

(Para que conste: no estoy insinuando que tuviera algo que ver con la muerte de la primera señora K. No te molestes en leer y releer estas líneas para averiguar si hay algo «entre» ellas. No lo hay).

Y entonces, doctor K, convertido en un viudo con dos hijos, te marchaste lejos, a Alemania. Un año sabático que se alargó hasta convertirse en dos. Fui yo quien se quedó llorando la pérdida en tu lugar. (No la de la desafortunada Evie, sino la tuya). En ciertos círculos, la muerte de tu esposa se consideró una «tragedia», pero yo preferí creer que había sido un simple accidente: una conjunción de tiempo, lugar, azar. Y ¿qué es un accidente sino una sincronización perfecta?

Doctor K, no voy a acusarte de hipocresía descarada (¿o sí?), y aún menos de engaño, pero no logro comprender por qué, pese al terror cobarde que te inspiraba la familia de tu primera esposa (ante cuyos miembros te sentías tan intelectualmente superior), volviste a casarte tras dieciocho meses con una mujer mucho más joven, casi tan joven como yo, con lo mucho que tuvo que haber enfurecido eso a tus antiguos parientes políticos. ¿A que sí? (¿O acaso dejó

de importarte lo que pensarán? ¿Le habías sacado suficiente dinero al suegro para entonces?).

Tu segunda esposa, V, se librará de morir en un accidente y te sobrevivirá muchos años. Nunca he sentido rencor alguno por la voluptuosa —ahora más bien gorda—. Viola, que entró a formar parte de tu vida después de que yo hubiera salido de ella. En cierto modo, incluso sentía cierta lástima por la joven, pues sospechaba que con el tiempo la traicionarías a ella también. (¿Y no lo has hecho ya? ¿En incontables ocasiones?).

No he olvidado nada, doctor K, mientras que tú, para condenación tuya, lo has olvidado prácticamente todo.

Doctor K, Jody, debo confesarte algo: ya entonces te ocultaba cosas, incluso cuando me creías transparente, traslúcida. En lo más recóndito de mi ser, abrigaba el deseo de poner fin a nuestro amor ilícito. Y anhelaba un final digno de una ópera magnífica, no de un simple melodrama. Incluso cuando me sentabas desnuda en tus rodillas —tú preferías decir «tal como vine al mundo»— y me comías con los ojos. —«¡Preciosa! ¡Menudo bomboncito estás hecha!»—, yo me regocijaba con mis pensamientos secretos. A veces parecías ebrio de amor —¿de lujuria?— por mí: besabas, lamías, olisqueabas, sorbías..., me succionabas como un vampiro. (Las tensiones derivadas de la paternidad y de mantener la apariencia de yerno abnegado, así como la de «teólogo de renombre», te agotaban, te sacaban de quicio y exacerbaban tu vanidad masculina. Ingenua de mí, no tenía ni idea, por supuesto). Pero cuando puse la mano sobre la piel cálida de tu nuca, advertí que mis dedos asían una cuchilla de afeitar, y sentí los primeros borbotones atónitos de tu sangre, con tanta viveza que incluso ahora puedo sentirlos. Me desvanecí, con los ojos en blanco, y tú me sujetaste en tus brazos...; y por primera vez (supongo que fue la primera) creíste ver en tu ángel hilado en oro una suerte de preocupación, un lastre, una carga no muy distinta a la de una esposa neurótica y con tendencia a angustiarse.